

MATE, Reyes: *La piedra desechada*, Madrid: Trotta, 2013, 311 págs.

En una conferencia reciente, Detlev Claussen cifraba la actualidad de la teoría crítica en la cuestión de si sigue estando a la orden del día el imperativo categórico que formulara Adorno, en el que exhortaba a orientar el pensamiento y la acción de modo que Auschwitz no se repita, que no ocurra nada semejante. Si hay un autor en el pensamiento de habla hispana que ha captado la centralidad de esta convocatoria y ha articulado desde ella sus reflexiones, ese ha sido sin duda Reyes Mate. El “después de Auschwitz” es desde hace décadas el centro de gravedad de su pensamiento, que ha sabido reconocer en el genocidio judío un antes y un después para toda reflexión filosófica. Y, conviene no dejar de subrayarlo, lo ha hecho a contracorriente de un pensamiento oficial construido sobre el olvido de la barbarie y el silenciamiento del sufrimiento provocado. Si Auschwitz fue lo impensable y el sufrimiento de sus víctimas –consideradas insignificantes y privadas de toda dimensión semántica– fue lo impensado, Reyes Mate es consciente de que estas dimensiones “sólo entran en la órbita del conocimiento si lo ocurrido se convierte en el punto de partida de la reflexión. Y la memoria consiste en llevarnos de la mano a lo que tuvo lugar, pero que escapó al conocimiento, para que pensemos ahora todos a la luz de lo que ocurrió” (pág. 131). Por ello, el “después de Auschwitz” no sólo impone un ineludible imperativo anamnético a toda reflexión ético-política y a todo anhelo de justicia, sino que supone el “mandato de repensar todo a la luz de la experiencia de la barbarie” (pág. 12); a la luz de ese “impensable” que, sin embargo, ha tenido lugar. De este modo, su pensamiento recoge también la llamada de Adorno a tomar conciencia de que dejar hablar al sufrimiento es condición de toda verdad. Así es como para el autor “la memoria se convierte en un imperativo epistémico” (pág. 13), y lo hace afectando a todos los planos del pensamiento, desde el más institucional hasta el más especulativo.

La piedra desechada es un libro que reúne textos escritos a lo largo de 15 años. Los textos están articulados en cuatro grandes bloques, que son los campos de fuerza desde los que se ha ido tejiendo el pensamiento del autor: la autoridad del sufrimiento, la relación entre memoria y justicia, Dios después de Auschwitz –porque ni siquiera Dios y la religión están a salvo del deber de memoria– y cuatro excelentes semblanzas que recogen a cuatro personajes claves en sendos estadios de la historia europea moderna; el volumen se cierra con una extensa entrevista con el autor. De alguna manera, el libro presenta una cartografía de los temas que recorren el reverso de la historia europea reciente y que son fundamentales en el propio pensamiento de Reyes Mate; se trata de escritos centrados en problemáticas

diversas, pero claramente vertebrados por la centralidad de la experiencia del sufrimiento y por el ejercicio del método anamnético. En concordancia con este método, no debe sorprender que entre los compañeros de viaje de estas reflexiones destaquen la centralidad del pensamiento y la cultura judía europea. El constante diálogo del autor con pensadores como Walter Benjamin y Franz Rosenzweig –absolutamente cruciales para sus reflexiones–, las excelentes semblanzas de los Mendelssohn y Mahler, pero también las reflexiones sobre las tensiones históricas, teológicas y filosóficas entre la existencia diaspórica, la asimilación y el sionismo –que responden al creciente antisemitismo–, así como sus reflexiones sobre la experiencia del exilio, hacen que la historia triunfal de la modernidad emerja bajo una luz bien distinta, revelando su otra cara, mucho más sombría, que tan a menudo se tiende a barrer bajo la alfombra. De ahí la relevancia de la razón anamnética que reivindica el autor, que constituye el impulso del que se nutre toda su reflexión: “Las víctimas sobre las que se ha construido la historia, tantos siglos invisibilizadas y de tantas maneras privadas de significación, son las piedras descartadas. Parecería haber llegado el momento de construir sobre ellas. Falsa alarma. La historia sigue a su aire atraída por el seductor encanto del progreso. Hay que seguir cepillando la historia a contrapelo” (pág. 19).

Para evitar malentendidos, hay que subrayar que lo que está aquí en juego no es una crítica de carácter “antiprogresista”, sino más bien una crítica que pretende hacer consciente el carácter sacrificial que el progreso ha tenido hasta hoy. Con ello el autor no niega la existencia del progreso, sino que intenta poner de manifiesto que el bienestar alcanzado ha tenido un precio que han pagado los oprimidos, los vencidos, las víctimas –y que este precio no ha dejado de crecer. Podríamos decir que Reyes Mate sostiene, con Kafka, que creer en el progreso significa ser consciente de que éste aún no ha comenzado. En un fenómeno aparentemente tan anodino como el de las víctimas del tráfico, que pese a sus astronómicas cifras se siguen clasificando como “accidentes”, como si fueran un coste que solo cabe tachar de inevitable ante lo “necesario” de la velocidad –que responde a condicionantes socio-económicos no explicitados–, el autor logra mostrar de manera cierta el absurdo de una humanidad sacrificada en el altar del progreso. Las víctimas causadas por el inexorable avance de los “progresos” sociales –en este caso el incremento de la velocidad en la locomoción y el transporte– aparecerían como un “precio a pagar”, y su sufrimiento es invisibilizado y neutralizado como un mero “accidente”. Frente a esta teodicea secularizada del progreso, que naturaliza la

historia del sufrimiento y la presenta como algo natural e inevitable, como un “efecto colateral”, Reyes Mate insiste en algo tan simple como que “lo sustancial es la vida humana y lo instrumental, el progreso” (pág. 47). En la indiferencia ante el sufrimiento provocado y silenciado puede medirse el fracaso de la sociedad y de una cultura para la “humanización del hombre”; mientras esta situación persista, sólo desde la memoria del sufrimiento puede articularse una crítica que albergue la posibilidad de algo mejor.

Esto nos remite al anhelo de justicia que recorre todo el libro. En este punto, Reyes Mate se opone a los autores canónicos en la teoría de la justicia contemporánea –fundamentalmente Habermas y Rawls–, cuyos planteamientos se centran en la formulación de procedimientos más o menos formalizados para dirimir qué sería lo justo, olvidando así lo fundamental: la reparación de la injusticia. El error de estos planteamientos –subraya Reyes Mate– es que abstraen de la realidad en lugar de atenerse a ella. Sin embargo, sin memoria de la injusticia no hay justicia posible. Hacer justicia requiere “hacer frente a los daños e injusticias causados. Esto se resuelve grosso modo reparando lo reparable y haciendo memoria de lo irreparable” (pág. 153). Aquí cobra forma una formulación imprescindible para la teoría crítica hoy: “Si hay un conocimiento que legitime la injusticia o que encubra la evidencia, habrá que ponerlo entre paréntesis y esforzarse por pensar a partir de la situación injusta” (pág. 132). Las cifras de nuestro mundo globalizado hablan de 18 millones de muertos de hambre cada año. Solo una conciencia que haga frente a ese horror puede salvaguardar aún la noción de justicia. Por ello la propuesta de Reyes Mate es repensar la relación entre política y violencia para desnaturalizar esta violencia victimaria tan instalada en nuestra cultura, que parece convertir la injusticia y el sufrimiento provocado en algo inevitable, a lo que solo cabe resignarse.

De ahí la centralidad de su método anamnético, que exige que la memoria del sufrimiento provocado acompañe todas nuestras representaciones, tanto en lo filosófico como en lo político. Esto es lo que lleva a Reyes Mate, por ejemplo, a replantear el concepto de ciudadanía –tan querido en la filosofía política contemporánea– a la luz de las experiencias del exilio, la diáspora y el exterminio: “Si hay exilio no puede haber universalidad ciudadana por expansión de la ciudadanía de los ya ciudadanos, sino que la ciudadanía universal debe ser pensada desde la negación de esa ciudadanía” (pág. 201). Esto supone basar el concepto de ciudadanía, no en criterios como la sangre, la tierra, la lengua, la cultura o los sentimientos, “sino en la responsabilidad común por los sufrimientos causados a otros, a

esos que hemos quitado de en medio para estar los que estamos y donde estamos” (pág. 203). Así se prefigura el perfil de un nuevo modelo de ciudadano, forjado en el modo provisional de existencia del exiliado –que en el texto cobra forma a través de figuras como la del exiliado Max Aub–, cuyo cosmopolitismo no es abstracto, sino está remitido a sus raíces. Pero estas raíces del ciudadano diaspórico “obligan a revisar” el supuesto fundamental del sujeto ilustrado: su autonomía incondicional y soberana, sin nada que limite la libertad. Frente a ello, Reyes Mate subraya que el sujeto diaspórico abre una nueva clave de comprensión porque “nace con una responsabilidad. Es memoria y eso significa que tiene que casar el concepto moderno de autonomía con el de duelo por los sufrimientos causados por el presente, que es el nuestro, y con el de la deuda respecto a las víctimas marginadas sobre las que se ha construido la historia” (pág. 196).

Los supuestos ilustrados de justicia, tolerancia e igualdad, se quedan a un nivel abstracto; son el residuo de un iluminismo quizá bienintencionado, pero ajeno a la realidad. Frente a ello, Reyes Mate apela a la conciencia de Rosenzweig de que no nacemos con la dignidad de la humanidad: “Eso hay que conquistarlo. Lo que realmente poseemos es 'la violencia de un hecho' que nos hace diferentes y desiguales. Si queremos hablar de tolerancia no hagamos abstracción de la realidad sino partamos de su violenta actualidad y preguntémonos entonces por la tolerancia entre diferentes, desiguales, entre víctimas y verdugos” (p. 261 s.). La reflexión filosófica no debe servir al sujeto trascendental, sino al hombre de carne y hueso, que “no siempre nace libre ni igual” (pág. 295). De ahí la necesidad de reconocer la relevancia de la miseria real, pues sin conciencia de ella no puede haber teoría crítica. Aquí es donde hay que conjugar el “atreverse a pensar”. En este sentido Reyes Mate rescata una frase de Marcuse poco antes de morir: “Ya sé dónde se originan nuestros juicios de valor más básicos: en la compasión, en nuestro sentimiento del sufrimiento de los demás” (p. 264 s.). La filosofía, no sólo el idealismo, ha marginado cuidadosamente esta experiencia, con consecuencias fatales, puesto que implica extirparse la experiencia que podría ser el germen de una humanidad como sujeto consciente. Ya Adorno había subrayado lo poco que se le nota a la filosofía la historia del sufrimiento; en su estela, Reyes Mate reivindica que el sufrimiento debe convertirse en clave interpretativa de la realidad. Se trata de una cuestión de memoria, y por tanto de justicia.

De ahí que la clave que recorre el libro es la reivindicación de la razón Anamnética. Para ésta las injusticias pasadas no están claudicadas, sino que siguen interpe-

lando al presente, porque las injusticias cometidas contra los aplastados no prescriben con su muerte, y por tanto la justicia de los vivos tiene que ver con la respuesta a las injusticias de los muertos. En este sentido la razón anamnética es de alguna manera el reverso de la razón comunicativa habermasiana: “Esta razón no se sustancia en argumentos, sino en memoria. La flecha que sale de ese arco no busca el entendimiento, sino la respuesta. La razón comunicativa es experta en palabras; la memoria, en silencios. Es la memoria la que hace presente lo ausente” (pág. 231). Ante la persistencia de la violencia victimaria como parte del *business as usual* ante el que después de Auschwitz ya no cabe ingenuidad alguna, sólo la razón anamnética puede ofrecer una alternativa creíble a los modelos que han imperado: seguir como si nada hubiera pasado (como ha hecho el pensamiento ilustrado, de Rawls a Habermas) o abandonar toda pretensión de razón (el caso de la postmodernidad). La razón anamnética –cuya raíz teológica no se oculta en ningún momento– no es sino el motor de una teoría crítica que, en la mejor tradición de Adorno, Horkheimer y Benjamin, se guía por un impulso que no puede quedar sujeto en ninguna lógica de legitimación y que no requiere ninguna justificación discursiva ni fundamentación normativa: la indignación ante la injusticia. De ahí que no cierre tampoco los ojos a las injusticias pasadas, que no ignore los escombros humanos que se apilan ante el avance triunfal de ese enemigo que no ha dejado de vencer. De ahí la necesidad de hacer hablar a las huellas del sufrimiento y la injusticia para restituir a los sin nombre, a las víctimas sin voz, a las que se sigue aceptando como un precio inevitable con tal de que el progreso siga su curso.

“La calidad de una teoría se mide por su capacidad de hacer frente a problemas y situaciones reales”, se afirma en un pasaje del libro. Sin duda, hoy la teoría adolece de una enorme desproporción entre la gravedad de la situación que atravesamos y la conciencia que tenemos de ello: “Los problemas están ahí y son de una magnitud cósmica, pero ¿dónde se los piensa?” (pág. 296). Hoy hacemos frente a situaciones que no dejarán de acuciarnos porque miremos a otra parte, y –como bien se señala en el libro– el pensamiento académico se vuelve cada vez más autorreferencial, hasta el punto de que la realidad se convierte en algo “irrelevante para la teoría” (pág. 295). Pero, para una filosofía que no quiera enmudecer en su autocomplacencia, “lo que da que pensar no es el pensamiento sino algo previo, irreductible al pensamiento, a lo pensado” (p. 272). Entre los mayores valores del pensamiento de Reyes Mate destaca su capacidad para captar toda la enjundia teórica que se esconde en experiencias cercanas y aparentemente banales. Sus conceptos

no están esculpidos con el mármol resistente de la alta especulación, sino que cobran forma a partir del contacto con experiencias concretas, a menudo cotidianas y, en ocasiones, hirientes. Así es como el “certificado de empresa” con el que se notificaba al autor su jubilación forzosa se puede convertir en el impulso para una brillante reflexión sobre el tiempo (pág. 25), y el contacto directo con algunos protagonistas de la vía Nanclares es la savia que nutre un brillante análisis de los conceptos de la culpa y el perdón. También sus reflexiones sobre la tragedia, sobre las víctimas del tráfico o sobre las peculiaridades de la lengua española como lengua de conquistadores y conquistados atestiguan su capacidad para remover en los fenómenos cuanto hay en ellos de historia y de sufrimiento sedimentado. De este modo su pensamiento resiste a una tendencia histórica marcada por la pérdida de sentido de la realidad, el empobrecimiento del lenguaje, la despolitización de la política y la alergia a la responsabilidad. Y es que no se trata de un libro para celosos funcionarios de la disciplina filosófica con ansias de excelencia, sino de textos con un valor de uso real, accesibles a lectores despiertos y con ganas de entender y de seguir reflexionando. El gran atractivo de este libro reside en que en él cobra vida un modelo de pensamiento que ha ido desapareciendo del *mainstream* universitario, y que aquí emerge en todo su esplendor: una filosofía capaz de hacer hablar a la experiencia sin amordazarla con conceptos impuestos, de dar voz a injusticias hirientes que se deslizan como sombras silenciosas en lo cotidiano, de interpelar al lector sin miramientos en su complicidad con lo existente, y al mismo tiempo sin violencia y sin la altivez de quien cree haber entendido ya todo. En definitiva, se trata, en la mejor tradición de Walter Benjamin, de un pensamiento no anestesiado, consciente de que la injusticia sigue vigente y que es esto lo que da que pensar.

Jordi Maiso

jordi.maiso@gmail.com